TAIGA

Stephen Maldon

TAIGA

Stephen Maldon

avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2024
© Stephen Maldon, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87532-03-1
IBIC: FL
DEPÓSITO LEGAL: M-24104-2024

No podría haber finalizado esta novela sin el apoyo de Franziska.
Agradezco asimismo sinceramente a Cecilia, Michele
y Rolf que hayan leído y comentado borradores del libro.

PRÓLOGO

Dos hombres corren por el bosque tropezando una y otra vez con las raíces de los árboles.

—¡Nos atacan! —grita uno, llevándose dos dedos a la sien derecha—. No, Padamadan, nuestros drones han desaparecido. Y no tenemos contacto visual con nuestros perseguidores.

—Es de no creerlo —dice el otro, también con sus dedos en la sien—: el inútil de Padamadan me sigue preguntando por el implante cuántos son y qué armamento tienen.

—Li y Jones ya vienen en camino —responde el primero—. Mantén abierto el canal de audio para que puedan localizarnos.

Aún oyen claramente los rompientes, de modo que no pueden haberse alejado demasiado del mar. Se detienen y se sientan en el suelo, confiando en que el espeso ramaje del sotobosque los oculte hasta que lleguen en su auxilio los dos soldados.

—Tenían razón los nativos —vuelve a decir el primer hombre, esta vez en voz baja—. Nos previnieron sobre la tribu enemiga.

—Era difícil creer las historias de incursiones violentas sin haber visto nunca otro grupo de homínidos —replica el otro—. Y seguimos sin verlos…

Entonces comienza a caer sobre ellos una lluvia de piedras desde los árboles a su alrededor, en medio de una algazara de aullidos. El primer hombre se cubre como mejor puede con una

mano mientras intenta disparar su rifle con la otra. El otro hombre se protege la cabeza con ambos brazos.

—¡Dispara tú también, Simon! Tengo una pistola en el cinturón, al lado derecho.

—¿Hacia dónde? —pregunta el otro, cogiendo la pistola y activándola—. ¡No veo nada!

—¡Hacia arriba! Apunta hacia las copas de los árboles.

El primer hombre hace fuego varias veces más, pero lo único que consigue es hacer caer de lo alto algunas ramas secas, mientras cada vez caen sobre ellos más rocas. El otro alcanza a disparar dos veces antes de gritar:

—¡Watanabe! ¡Los nativos han venido en nuestra ayuda!

Ven la silueta de un nativo que corre hacia ellos, al parecer desde el roquedal que separa el bosque del mar. Los dos hombres van a salirle al encuentro cuando reciben un fuerte golpe en la cabeza, seguido de uno, dos, tres más, hasta que se hace la oscuridad total.

Un minuto más tarde, aquella parte del bosque está tan silenciosa como antes del ataque. Los cuerpos sin vida de los dos terranos y dos nativos yacen en el suelo.

PARTE I:

LOS APARTADORES

A veces se cansa el brazo de Skarl; sin embargo, no cesa de batir el tambor para que los dioses puedan hacer su trabajo de dioses, y sigan girando los mundos; pues si lo deja un solo instante, despertará Mana-Yood-Sushai, y los mundos y los dioses dejarán de existir.

Lord Dunsany, *Los dioses de Pegāna*

No es usted del castillo, no es usted de la aldea, no es usted nada. Pero, por desgracia, es usted sin embargo algo: un forastero, uno que sobra y está siempre ahí, molestando.

Franz Kafka, *El castillo*

De este lado

Jegli, las dos guías y las cinco exploradoras se detuvieron a la señal de la líder del grupo y fueron alcanzándola hasta quedar a diez brazas de donde terminaba el bosque. Las estrafalarias figuras que habían venido a observar estaban en el roquedal; parecían bebés furiosos, berreando y agitando los brazos sin señalizar nada. Como los animales, tenían cabello en la cabeza, algunos aun en el rostro. Unos llevaban las mismas ropas color verdigrís, los otros vestían de azul oscuro, y todos tenían el cuerpo cubierto por completo, incluso los pies. Les llevaban una o dos cabezas a las Personas y sus rostros eran desconcertantemente distintos unos de otros: la piel de algunos tenía el color de la arena y sus ojos eran rasgados; otros eran pálidos, con ojos del color del cielo o del mar; la cara de uno de ellos tenía el color del carbón. A su alrededor revoloteaban unas extrañas aves con aspecto de insecto que quizás fueran mascotas o juguetes. Jegli distinguió en el grupo a cuatro pequeñas figuras que no había visto hasta entonces: unos seres silenciosos, refulgentes e idénticos. Las Personas quizás les llevaran una cabeza, sus movimientos eran lentos y torpes, y parecían incapaces de comprender señas; actuaban sólo cuando los Grandullones les gritaban instrucciones. Si aquellos eran sus niños, los extraños eran aún más espantosos de lo que creía.

¿De dónde habían venido todos estos seres? ¿Qué querían? Nada de lo que enseñaban los intérpretes los había preparado para la aparición de estos gigantones ridículos. Algunos jóvenes creían que eran peligrosos. Las guías decían que se marcharían tal como habían llegado: un día cualquiera, sin aviso previo, sin razón aparente.

'Movámonos hacia el poniente', señalizó la líder al grupo; el sotobosque era más tupido allí y las ocultaría mejor. Los Grandullones se alejaron del embarcadero en varias direcciones. Parecían buscar algo entre las rocas o los arbustos cercanos.

De pronto, la líder advirtió al grupo de la presencia de un cincopatas. La bestia acechaba a los Grandullones desde la espesura, a unas dos veces veinte brazas de donde se encontraban las exploradoras, que alistaron sus hondas por si el animal las atacaba a ellas. El cincopatas no había reparado en el grupo agazapado en el bosque; el viento soplaba en la dirección contraria y no las delataba. Los Grandullones vestidos de azul se habían alejado del embarcadero en dirección al mar y llevaban unas estacas brillantes que tal vez fueran armas, pero Jegli dudó que les sirvieran contra un enemigo tan formidable como un cincopatas cogiéndolos por sorpresa. Uno de los Grandullones seguía hurgando entre las rocas, sin darse cuenta de lo cerca que estaba el animal.

—¡Dao!

Algo así fue lo que gritó un Grandullón que aún se encontraba cerca del embarcadero y había visto al cincopatas aprestándose a atacar a su compañero. Este último levantó la vista, pero la bestia ya había saltado y extendía las patas delanteras para atrapar a su presa. Entonces una luz, un fuego, golpeó con estruendo al cincopatas en un costado, derribándolo y dejando una

pequeña nube de humo en el aire. Luego vino otro fogonazo, y el animal se desplomó y quedó inmóvil sobre las rocas.

Las exploradoras y las guías comenzaron a preguntarse con señas frenéticas qué había sucedido. La líder y Jegli repararon en los Grandullones de azul, que tenían sus estacas dirigidas hacia el cincopatas, como si estuvieran apuntándole. Jegli vio en la expresión de la líder que esta también había comprendido: las estacas efectivamente eran armas, mucho más poderosas que las hondas o las lanzas de las Personas.

Los Grandullones se acercaron a la bestia caída, gesticulando y chillando. Los niños brillantes cubrieron al cincopatas con maderos y rocas y el grupo de extraños se alejó por el mar en los troncos ruidosos y bruñidos en que viajaban.

Al cabo de un rato, el grupo se acercó adonde yacía el animal, las mujeres señalizándose alborotadamente expresiones de asombro y consternación. '¿Cómo es esto posible?' 'Ninguno de los intrusos ejecutó el ritual de Embarque.' '¿Usarán estos insensatos sus horribles estacas contra las Personas?'

Jegli pensó que algo se había deslizado en el Orden y esperó que los ancianos estuvieran a la altura del desafío. Sentía… ¿repulsión, enojo, temor? Sentía algo que rara vez la embargaba pero que detestaba: confusión.

El murmullo del bosque fue calmándose con los primeros copos de nieve. Una película blanca comenzó a envolver primero los verdes, los azules y los grises del follaje en las zonas altas, y luego los rojos, los marrones y los ocres de la hojarasca que cubría el suelo de las hondonadas. La Gran Montaña pronto quedaría oculta bajo un manto de hielo.

Tegun contemplaba el espectáculo desde el observatorio en la linde nororiental del pueblo, siguiendo con la vista el suave descenso de las copas de los árboles hacia el océano en el sur. Aquel descenso era interrumpido por los cuatro oteros donde se encontraban los otros observatorios; varias cañadas atravesaban el bosque desde las montañas hasta el mar, dando cobijo a los arroyos y riachuelos. Lo maravillaba una vez más la consistencia del Orden Visible: cada árbol, cada rivera y cada senda estaban en su lugar, al igual que el día anterior, que una luna pequeña atrás, que una luna grande atrás… Era difícil imaginar cómo los Soñadores eran capaces de mantener todo en su sitio, incluso a las Personas y sus Caminos.

Bajó y trotó rápidamente hacia el soñatorio más cercano. Llegó a la pequeña rada que daba al poniente y se refugió en la caseta que él mismo había reparado el verano anterior. Apoyó su báculo en la puerta, se tendió sobre la manta en el centro de la habitación y extendió los brazos hacia los costados, cerrando los ojos. Repitió en su mente el pasaje acostumbrado del Gran Sueño y se puso a soñar.

Ya era de noche cuando se reunió con los otros cuatro intérpretes en la Casa del Sueño. Naron, el más joven, cerró los grandes paneles labrados de la puerta para dejar fuera el viento e hizo un fuego para expulsar el frío. Zerun, el más anciano, se sentó en el suelo; su Camino concluiría en menos de un viaje del Sol y se veía fatigado por la caminata. Los demás siguieron su ejemplo.

Tegun inició la reunión con la plegaria que abría el espacio sagrado de las voces y dijo:

—Primera Nube ha hablado conmigo acerca de los Grandullones.

Hizo una pequeña pausa antes de añadir con señas: '¿Quién ha hablado con vosotros?'

—Segunda Nube ha hablado conmigo acerca de la recolección de piñones en la próxima primavera —respondió Zerun.

—Y conmigo, sobre lo mismo —añadió Jadon.

—Yo reconocí las voces de Primer Albor y Segunda Nube en mis sueños —dijo Naron—. El segundo me habló sobre los Grandullones.

—Yo oí a Segunda Nube y a Otra Luna —dijo Bivun, y añadió con señas: 'Pero no comprendí bien lo que dijeron'.

—Primera Nube me habló sobre el Tiempo Antes del Orden, la época en que los Soñadores aún no dormían —dijo Naron. '¿Cómo puedo comprender algo así yo, una simple Persona? En ocasiones como esta me siento como un aprendiz: soy apenas una sombra, la sombra de una Sombra…'

'Es frecuente que los Soñadores respondan nuestras preguntas con un enigma, o con otra pregunta', replicó Zerun.

'A menudo', terció Tegun, 'los Soñadores repiten sus mensajes en sueños posteriores. Tampoco es raro que, con el correr del tiempo, uno vaya comprendiendo mejor aquellas respuestas oscuras'.

Bivun citó libremente del Gran Sueño: 'Las sombras son como el viento: desaparecen casi antes de aparecer. Las Sombras son como los dos Océanos: de un lado están los Soñadores, a quienes no vemos ni siquiera cuando nos sueñan; del otro, los Apartadores, a quienes nunca vemos ejecutar su terrible tarea'.

'Los Soñadores nos sueñan en la superficie para darnos Aliento y Camino, y nos sueñan en las profundidades para hablarnos', añadió Jadon.

Naron inclinó la cabeza cinco veces, agradeciendo así a los otros intérpretes sus enseñanzas. Las conocía a la perfección, pero en momentos de incertidumbre como esos todos se alegraban de saber en su sitio los fundamentos del Orden. Los cinco murmuraron al unísono la plegaria de agradecimiento a los Soñadores porque se hubiesen comunicado con ellos y callaron durante un rato.

—A mí Primera Nube me habló sobre los Grandullones, en enigmas —dijo por fin Tegun. Añadió con señas: 'La asamblea de ayer con las exploradoras nos ha proporcionado informaciones nuevas acerca de ellos. La líder señalizó que debíamos actuar cuanto antes: tomar los barcos e ir adonde viven los extraños'.

'Mable es una buena exploradora, pero es impulsiva', comentó Zerun. 'Una guía reflexiona cinco veces antes de actuar.'

'Pregunté a las jóvenes qué pretendían hacer una vez llegasen a las islas', prosiguió Tegun. 'Se limitaron a bajar la mirada.'

'Si los Grandullones se sienten amenazados, las Personas estarán indefensas frente a las mortales estacas que describió Mable', señalizó Jadon.

'Cada vez que las Personas han intentado llegar a alguna de las islas, han sido interceptadas por los Apartadores', añadió Bivun. 'La última vez, solo Legun volvió con vida de aquella funesta expedición, y los Soñadores borraron su mente enferma como las mareas borran una figura dibujada en la arena. Pasó tres días como un infante después de su regreso, antes de su Embarque.'

'El océano es sagrado', sentenció Zerun, y los otros cuatro señalizaron al mismo tiempo, como lo exigía la costumbre: 'Del mar no se vuelve, al mar no se va'. Bivun agregó: 'Solo los Grandullones son tan necios como para andar yendo y viniendo

en aquellos troncos bruñidos que tienen, arriesgándose a enfurecer a las Sombras'.

'Es manifiesto desde hace más de cinco viajes del Sol que las Personas ya no estamos solas en el Orden', señalizó Jadon. 'Sé que también vosotros intuís que los Grandullones no se marcharán pronto, ni por su propia voluntad. Es preciso saber qué lugar del Orden ocupan estos seres; es preciso aprender todo lo posible sobre ellos.'

Zerun respondió: 'Ya hemos aprendido mucho, gracias a los Grandullones que vienen al pueblo. Dicen que han venido a recolectar unas rocas que descansan en el fondo del océano, pues las necesitan para viajar entre las estrellas; sabemos que hay muchos más de ellos que aún no hemos visto. Dicen que no usarán sus armas sino para defenderse. Los Grandullones son curiosos como los niños y quieren aprender acerca del Orden Visible. Antes de ser apartado, el tal Simun pasaba largas horas estudiando los cuerpos de las Personas. Un tal Rosyun y una tal Onoli vienen con frecuencia al bosque a estudiar los animales y las plantas'.

'Recordad que hace poco llegaron más Grandullones', intervino Tegun. 'Varios vimos su gran navío brillante cruzar el cielo. La tal Kimli ahora viene al pueblo con un tal Suenun, que ha aprendido a señalizar mejor que los otros. Este tal Suenun dice que el número de Grandullones en el mundo es exactamente cinco veces cinco.'

'¿Y sus niños?', preguntó Naron.

'Dicen que hay sólo Grandullones adultos en el Orden', respondió Tegun. 'Los pequeños seres brillantes son como juguetes; es cierto que se mueven por sí solos, pero carecen de voluntad propia. El tal Suenun dice que los Grandullones les

encomiendan tareas peligrosas, o aquellas que requieran mayor fuerza que la que tienen ellos; ya sabemos cuán enclenques son los extraños.'

Jadon señalizó un chiste sobre la debilidad y la torpeza de los Grandullones. Naron recordó a los demás que su inteligencia no era despreciable. Bivun preguntó: '¿Podemos confiar en que dicen la verdad?'

'No', respondió Jadon. 'Los Apartadores siguen las órdenes de los Soñadores; podemos predecir sus actos. No así estos intrusos, que actúan como niños pequeños despertando de una pesadilla. Las Personas necesitan poder defenderse si los Grandullones llegan a atacarlas.'

'Yo y mi familia seguiremos estudiando a los Grandullones que vienen al pueblo, para aprender más sobre ellos y sus intenciones', señalizó Tegun.

Los otros intérpretes asintieron con un movimiento de la cabeza y los hombros. Todos bajaron los brazos y se quedaron mirando cómo se extinguía el fuego, dejando que sus recuerdos vagasen por los Caminos de cada uno, enlazados como estaban en un tejido que ninguno comprendía por entero pero que todos agradecían. Cuando estaban por apagarse las últimas ascuas, Tegun concluyó la reunión con la plegaria que cerraba el espacio sagrado de las voces. Los cinco hombres se levantaron, tomaron sus cayados y salieron de la Casa del Sueño en medio de una intensa nevasca. A lo lejos, apenas perceptiblemente, el Primer Músico trabajaba para que los Soñadores continuasen soñando.

Una intermitente lluvia durante la noche y un inesperado sol al amanecer habían derretido la nieve y convertido el pueblo

en un lodazal, pero todos se veían de buen humor. Las Personas llegaban desde las Cinco Regiones del Orden y conversaban animadamente por señas mientras se encaminaban hacia donde convergían los senderos del pueblo: la Casa del Encuentro. Gracias a su rol en el Lanzamiento, Tegun estaba excusado de saludar a quienes se le cruzaban, aunque de buen grado se habría detenido para charlar con gente que no veía hacía ya muchas lunas grandes. Caminaba sin mirar a nadie muy largo a los ojos, seguido de cerca por un pequeño cortejo de intérpretes, aprendices y otros jóvenes que participarían en la ceremonia y que mantenían la mayor compostura posible pese al chapoteo y el ruido inevitables mientras avanzaban. Sin importar el papel que les tocara desempeñar, todos vestían sus ropas ceremoniales, y aquel día de seguro agradecían que existiese tal costumbre: un viento frío sacudía los árboles con fuerza.

Cuando llegó a su destino el intérprete comprobó satisfecho que todo estaba preparado. La guía Gazle estaba de pie en el centro de la sala, junto a las familias con los bebés. Las otras guías estaban sentadas en sus puestos y los músicos estaban de pie, formando un corro alrededor de los demás. Una vez hubieron llegado todos los oficiantes y los espectadores, Tegun levantó su báculo con el brazo izquierdo mientras Gazle levantaba su haz de hebras con el derecho; ambos bajaron la cabeza y cerraron los ojos, dando por comenzado el Lanzamiento. Los músicos tejieron una red de sones que primero eran complejos e inesperados y poco a poco fueron convirtiéndose en simples y previsibles. Al cabo de un rato, Tegun alzó la cabeza, abrió los ojos y dio un suave golpe en el suelo con el báculo, indicando a los músicos que debían restablecer el silencio. Gazle señalizó la plegaria de rigor:

'Os debemos, Inescrutables Sombras, la continuación de nuestros Caminos, entretejidos con los viajes del Sol y las dos Lunas. Os debemos, Divinos Soñadores, el don del Aliento, entretejido con la respiración del Bosque y de los dos Océanos. Os debemos, Sombras Protectoras, el don de cinco Personas nuevas en el Orden, cuyos Caminos estarán entretejidos con los nuestros por cuatro veces veinte viajes del Sol. Nuestros Caminos os pertenecen.'

Tegun observó que los presentes repetían la última oración con la mano derecha, o casi todos. Distinguió a Jegli en la fila de las muchachas en edad de elegir pareja, y vio que la chica solo había arrastrado las señas después de «nuestros Caminos». Continuó oficiando la ceremonia —una familiar secuencia de plegarias y declaraciones alternadas por parte de él y la guía— como si no la hubiese visto.

Desde el Apartamiento de su padre hacía doce soles, Jegli cuestionaba los designios de los Autores del Orden. Si bien los Apartadores solían alejar a los indisciplinados, por alguna razón los Soñadores aceptaban a la muchacha y mantenían su Camino. Su nuera le había pedido ayuda al ver a su hija tan perturbada. «¿Has razonado con ella? Ya ha caminado durante ocho viajes del Sol», había preguntado él. «La niña comprende que su padre ha sido apartado por las Sombras, pero no acepta que se lo hayan llevado», había respondido Hozli; «amaba a tu hijo». Aunque Tegun también lo había amado, lo había pensado cinco veces cinco veces antes de trenzarse con su nuera y hacerse cargo de su nieta como si fuese su propia hija.

Llegó el momento de que los padres debían pasar sus bebés a los oficiantes. Tegun fue tomando a los niños en sus brazos uno a uno, dándoles un soplo sobre la frente y murmurando